PELAYO.

TRAGEDIA

N CINCO ACTOS,

POR

DON MANUEL JOSEF QUINTANA.

epresentada en el Teatro de los Caños del Peral el dia 19 de Enero de 1805.

CON LICENCIA:
N VALENCIA: POR MARTIN PERÍS. AÑO 1818.

ballará en la librería de la Viuda de Josef Carlos Navarro, calle de la Lonja de la Seda.

PERSONAGES Y ACTORES.

PELAYO. *Sr. Isidoro Maíquez.*
HORMESINDA: su hermana. *Sra. Antonia Prado.*
VEREMUNDO: deudo de los dos. *Sr. Rafael Perez.*
LEANDRO: hijo de Veremundo. *Sr. Josef Valles.*
ALFONSO: Duque de Cantabria. *Sr. Vicente García.*
ALVIDA: Confidenta de Hormesinda. *Sra. Francisca Briones.*
MUNUZA: Gobernador moro de Gijon. *Sr. Josef Infantes.*
AUDALLA. *Sr. Francisco Ronda.*
ISMAEL. *Sr. Eugenio Perez.*
Nobles asturianos.
Guerreros moros.

La Escena es en Gijon.

ACTO PRIMERO.

La Escena representará un Salon de la casa de Veremundo, adornado de varios trofeos de armas.

ESCENA PRIMERA.

Veremundo y Alfonso.

Alf. Sí, respetable Veremundo; hoy mismo
De las murallas de Gijon me ausento,
Donde tanta flaqueza y tanto oprobio
Mis indignados ojos están viendo.
El moro triunfa, los cristianos doblan
A la dura cadena el dócil cuello,
Sin que uno solo á murmurar se atreva
De opresion tan odiosa. No: aunque en medio
De esta vil muchedumbre apareciese
Del gran Pelayo el animoso aliento;
En vano á libertad los llamaría,
Ya nadie le entendiera.
Verem. El en el seno
De la etérea mansion goza sin duda
La palma que á los mártires da el Cielo
En premio á su virtud. Fiero, incansable,
Los llanos de la Bética le vieron
Casi arrancar él solo la victoria,
Que vendió la perfidia al Agareno.
El atajó el raudal á la fortuna

Del soberbio Taríf, quando en Toledo
Del victorioso exército sostuvo
La terrible pujanza un año entero.
De igual valor fue Mérida testigo;
Hasta que puesta su cabeza á precio
Por el infame Muza; y escondido
Desde entonces su nombre en el silencio,
Ni de él ni de Leandro el hijo mio
La fama volvió á hablar.
Alf. ¡Dichosos ellos,
Que así acabaron de sufrir! Sus ojos
Ya sepultados en eterno sueño
No verán el escándalo, la afrenta
De su sangre, el sacrílego himeneo
Que hoy se va á celebrar. O Veremundo!
Perdona esta vehemencia á mi despecho;
Ser Hormesinda esposa de Munuza,
Triste es oirlo, y afrentoso el verlo.
Verem. Mal pudieran las débiles mugeres
Resistir al halago lisonjero
Del moro vencedor, quando sus armas
Domaron ya los varoniles pechos.
Mira á la hermosa viuda de Rodrigo
Ganar desde su triste cautiverio
El corazon del jóven Abdalasis,
Y ser su esposa, y ocupar su lecho.
Mira á Eudon de Aquitania dar su hija
A un árabe tambien; y hacerla precio
De una paz...
Alf. ¿Y la hermana de Pelayo
Debió seguir tan exêcrable exemplo?
Excederle debió?

Verem. Yo deudo suyo,
Que la eduqué, la amé qual padre tierno,
Disculpo su flaqueza, aunque la lloro.
Alf. Cabe disculpa en semejante yerro?
Verem. Sí, Alfonso, cabe: ¿por ventura ignoras
El bárbaro y terrible juramento
Que hizo Munuza? ¿Ignoras que asolada
Gijon hubiera sido en escarmiento
De su noble defensa, si Hormesinda
No la hubiera salvado con sus ruegos?
Si nuestra servidumbre es mas suave,
Si aun ves de pie nuestros sagrados Templos;
Los cristianos, Alfonso, á su hermosura,
A ese amor que te indigna lo debemos.
Alf. Abominable amor! union impía!
Que Dios va á castigar; y ya estoy viendo
A esa desventurada, á quien seducen
Los engaños del moro, ser muy presto
Objeto miserable de sus iras.
Ignoras tú su condicion? Violento,
Implacable y feroz, si es generoso
En la prosperidad; lo es por desprecio,
Por arrogancia. Las inquietas ondas
Que baten las murallas de este pueblo,
No son mas de temer en su inconstancia
Que su alma impetuosa.
Verem. Hasta este tiempo,
Gijon solo conoce su clemencia.
Alf. Ella se acabará, que no está lejos.
Y plegue al Cielo que me engañe! El dia
En que soltado á su insolencia el freno,
Del tirano engañoso que ahora alabas

La rabia al fin confesarás gimiendo.
Yo tiemblo su frenética arrogancia;
Y esta llegada repentina tiemblo
Del fiero Audalla, Audalla conocido
Por su celo fánatico y sangriento.
A Dios; á darme asilo las montañas
Bastarán de Cantabria, cuyos senos
Ofrecen á la sed del africano,
En vez de oro y placer, virtud y fierro.
Ellas me esconderán... Mas Hormesinda...

ESCENA II.

Hormesinda (1) *y dichos.*

Hormes. Qué le diré, infeliz? A andar no acierto,
Y mis rodillas trémulas se niegan
A sostenerme.
Verem. Acércate.
Hormes. No puedo
Señor; que el corazon á vuestros ojos
Siente aumentar su tímido recelo.
Verem. Dudas ya de mi amor, bella Hormesinda?
Hormes. Dudar yo! No señor, en ningun tiempo. (2)
A vos mi infancia encomendó mi hermano
Quando acudiendo de la patria al riesgo,
Voló precipitado al mediodia
A probar en los Arabes su acero.
Huérfana y sola, planta abandonada

(1) *Aparece en el fondo del teatro en ademan abatido y temeroso, y se detiene allí.*
(2) *Adelantándose hácia él.*

En temporal tan recio y tan deshecho,
Sola la proteccion de vuestro asilo
Pudo abrigarme del rigor del viento.
En vos hallé mi padre; en vos mi hermano:
¡Que no pueda mi amor satisfaceros
Tanta solicitud, tantos afanes!
Pero impotente el corazon á hacerlo,
Su inmensa deuda agradecido aclama,
Y para el pago la remite al Cielo.
El, dignamente os recompense: en tanto....
Perdonad el rubor, el triste miedo
Que me acobarda... en tanto vuestros brazos
Dad á una desdichada, que al momento
Va á dexar este asilo de inocencia
Donde sus años débiles crecieron;
Y sobre ella implorad una ventura
Que su dudoso y angustiado pecho
No se atreve á esperar.
Verem. Ah! Si bastasen
Mis ruegos á alcanzarla, ni otro premio,
Ni otra fortuna al Cielo pediria
Este infeliz y lastimado viejo.
Pero, hija mia!.. (1)
Hormes. Ay! no: que las palabras
Salgan de vuestra boca en son tremendo:
Llamadme ingrata, pérfida; llamadme
Infiel á la virtud, sorda al consejo,
¿Qué me podreis decir que yo á mí misma
Con dureza mayor no esté diciendo?
Sabed, que aqueste cáliz de dulzura

(1) *Asiéndola afectuosamente de la mano.*

Tras el que anhela el corazon sediento,
A fuerza de amarguras y martirios,
Está ya en mi interior vuelto en veneno.
Sabed...

Alf. Si eso es así ¿por qué un instante
No levantais, Señora, el pensamiento
A ser quien sois? La religion sagrada,
La sangre que os anima el gran sendero
De la virtud os mostrarán seguras,
Y para andarle os prestarán esfuerzo.
Mostraos hermana de Pelayo: y antes
De ver que sois escándalo á los vuestros,
Ludibrio de los bárbaros infieles,
Esposa de un tirano...

Hormes. Deteneos;
Que si temí las quejas del cariño,
A la voz del insulto me rebelo.
¿Por qué, si soy escándalo á los mios,
Si tan injustos me condenan ellos;
Por qué á la seduccion, á los halagos
Del moro vencedor no me escondieron?
Quando el furor y la venganza ardian,
Quando ya el hambre y el violento fuego
Prestos á devorarnos amagaban;
Era justo, era honroso en aquel tiempo
Que yo á los pies del árabe irritado,
Fuese á ablandar su corazon de acero.
Y voy, y mis plegarias el camino
Hallan de la piedad, y alza contento
Este pueblo su frente, y sacudida
De él la muerte espantosa huye rugiendo.
Todos, Señor, entonces me aclamaban;

Todos: y en tanto que al enorme peso
De sus cadenas agoviada España
Mira asolados sin piedad sus Templos,
Hollados con furor sus moradores,
Violadas sus mugeres, en el seno
De la paz mas feliz Gijon descansa.
¡Tirano le llamais, y él en sosiego
Nos dexa respirar, quando podria
Con sola una mirada extremecernos!
¡Es un tirano, y amoroso aspira
A llamarse mi esposo!.. Ah! no lo niego,
Inexôrables godos, á su halago,
A su tierna aficion, á su respeto
Mi corazon rendí; vuestra es la culpa,
Y el fruto ¡hombres ingratos! tambien vuestro.

ESCENA III.

Alvida y dichos.

Alvid. (1) Llegó el momento: el séquito está pronto
Que debe acompañarte al himeneo:
Munuza espera á su adorada amante,
Anunciando su gozo y sus deseos
Con su esplendor hermoso las antorchas,
La música festiva en sus acentos.
Hormes. Esto es hecho, gran Dios!
Alf. Seguid, Señora,
Por donde os lleva tan culpable fuego,
Qué teneis que temer? Las luminarias
Que han de solemnizar vuestro contento,

(1) *A Hormesinda.*

Solemnicen tambien y hagan patentes
De vuestro hermano y patria el fin funesto.
Mi lengua, Veremundo, poco usada
De la lisonja á los infames ecos,
Dexa este parabien á los amantes. *Vase.*

Hormes. Qué horrible parabien!.. Mas ya no hay me- (dio
De volver el pie atrás: que mi destino
Mas fiero y mas cruel cada momento
Tras sí me arrastra; y sin poder valerme
A su imperiosa voluntad me entrego.
A Dios, Señor (1): A Dios!

ESCENA IV.

Veremundo.

Mísero anciano!
Ya qué te resta? El lúgubre silencio,
La amarga soledad que te rodean,
Fieles te anuncian tu postrer momento...
Y quán acerbo!.. O suerte! ¿á qué guardarme
Para tal desamparo?

ESCENA V.

Pelayo, Leandro (2) y dicho.

Leand. Amigo, entremos:
Nadie nos sigue; la fortuna misma

(1) *Le besa afectuosamente la mano, y se retira con precipitacion: Alvida la sigue.*

(2) *Entran por donde salió Alfonso. Leandro se presenta y empieza á hablar antes de verse Pelayo.*

Nos ha guiado hasta el solar paterno.
erem. Qué voz es la que escucho? ¿Mis sentidos
Me engañan? Mas no hay duda: ellos son, ellos!(1)
O Providencia eterna! yo te adoro.
Hijo!
eand. Padre!
elayo. Señor!
erem. Pelayo! ¿Es cierto;
Es cierto que vivís? Ah! que aun se niega
A tal ventura incrédulo mi afecto,
Y abrazándoos estoy! ¿Cómo os salvasteis,
Decid, cómo vencisteis tantos riesgos,
Que la desgracia y el rencor del moro
Amontonaron ya para perderos?
El silencio, el olvido en que os hundisteis
Eran señal de vuestro fin sangriento
Para toda la España que afligida
Cifró en vosotros su postrer consuelo.
elayo. Ah! si bastantes á salvarla fuesen
La constancia, el ardor, el noble celo;
Firme aun se viera, Veremundo, y dando
Envidia con su gloria al universo.
Nuestras fatigas, el valor ilustre
De los que el nombre godo sostuvieron
Pudiera ya colmar el precipicio
En donde derrocada está gimiendo.
Mas vano ha sido nuestro afan, y en vano
Por el nombre de Dios lidiado habemos;
El retiró su omnipotente escudo,
Y coronar no quiso nuestro aliento.

(1) *Corriendo á abrazarlos.*

Vednos pues en los términos de España
Prófugos, solos, deplorable resto
De los poços valientes que mostraron
A toda prueba el generoso pecho.
La guerra en su furor devoró á todos.
Yo los vi perecer... O compañeros!
Que en el seno de Dios ya descansando
De vuestro alto valor gozais el premio;
Mis votos recibid y mi esperanza;
Vengue yo vuestra muerte, y muera luego.

Verem. Admirable constancia! Mas, Pelayo,
De qué nos sirve contrastar al Cielo?
Quando á nuestros intentos la fortuna
Les niega su laurel en el suceso;
Ceder es fuerza, inútil es el brio,
Pernicioso el teson. Si estando entero
Contra el fiero rigor de esta avenida
No pudo sostenerse nuestro imperio;
Te sostendrás tu solo? A quién consagras
Tan heroyco valor, tanto denuedo?
No hay ya España, no hay patria.

Pelayo. No hay ya patria!
Y vos me lo decís!.. Sin duda el hielo
De la vejez que tímida os agovia
Inspira esos humildes sentimientos,
Y os hace hablar qual hablan los cobardes.
No hay patria! Para aquellos que el sosiego
Compran con servidumbre y con oprobios;
Para los que en su infame abatimiento
Mas vilmente á los árabes la venden,
Que los que en Guadalete se rindieron.
No hay patria, Veremundo! ¿No la lleva

Todo buen español dentro en su pecho:
Ella en el mio sin cesar respira:
La augusta religion de mis abuelos,
Sus costumbres, su hablar, sus santas leyes
Tienen aquí un altar que en ningun tiempo
Profanado será.

erem. Tu celo ardiente
Te fascina, Pelayo: ¿en quién tu esfuerzo
Puede ya confiar? Quien pierde á España
No es el valor del moro, es el exceso
De la degradacion: los fuertes yacen,
Un profundo temor hiela á los buenos,
Los traydores, los débiles se venden,
Y alzan solos su frente los perversos.

elayo. ¿Y porque estén envilecidos todos,
Viles todos seran? Yo no lo creo:
Mil hay, sí, Veremundo, mil que esperan
A que dé alguno el generoso exemplo,
Y el estandarte patrio levantado
Despierte á todos de tan torpe sueño.
Yo vengo á levantarle: aquestos montes
Serán mis baluartes, á su centro
Volarán los valientes, y el estado
Quizá recobre su vigor primero.
Entremos pues: que mi Hormesinda abrace
A su hermano, Señor; y que tendiendo
La noche el manto lóbrego, á seguirme
Se prepare.

Verem. Buen Dios! Llegó el momento
Desgraciado y terrible.

Pelayo. ¡Desgraciado
El instante feliz que ansió mi anhelo

De abrazar á mi hermana!

Verem. Ay triste! Calla,
Ese nombre en tu boca es un veneno.

Pelayo. Por qué? decid: Por qué? vive?

Verem. Sí, vive:
Pero su muerte te afligiera menos.

Pelayo. Qué misterio! acabad: infiel?

Verem. Tu hermana
Atajó los estragos de este pueblo.

Pelayo. Seguid.

Verem. Tu hermana á los feroces ojos
Del bárbaro halló gracia... Ella es consuelo
De todos los cristianos que la imploran...
Ella hace nuestros grillos mas ligeros...
Nada resiste al vencedor... Munuza
Rendido, enamorado, al himeneo
De Hormesinda aspiró, y ella vencida...

Pelayo. Por piedad no acabeis... ¿Estos los premios
Son que á tanto afanar, tantos servicios
El Cielo reservaba? El vilipendio,
La mengua, las afrentas, ó Leandro!
¿Por qué al rigor del musulman acero
A par de tantos héroes no caímos
Allá en los campos de Xerez sangrientos?

Leand. Repórtate, Pelayo: á este infortunio
Opon tu alta constancia, opon tu esfuerzo;
En tí la patria su esperanza fia;
No desmayes, aleja el pensamiento
De esa flaca muger: para tí es muerta.

Pel. Muerta! plugiese á Dios!.. ¿Por qué sabiendo (1)
Tal abominacion, al mismo instante

(1) *A Veremundo.*

Un agudo puñal no abrió su pecho?
Ella con su inocencia moriria,
Yo no viviera con borron tan feo.
erem. A apoyar su virtud ya vacilante
Siempre acudió mi paternal consejo;
La violencia jamás.
elayo. Costumbre impía!
Tiránica opinion! Injusto fuero!
¡Las mugeres sucumben, y en nosotros
Carga el torpe baldon de sus excesos!
La ingrata!.. O quánto amor! quánta ternura
La conservaba yo! Siempre el objeto
De mis cuidados era... y quando ansioso
De arrebatarla al yugo sarraceno
Vengo á Gijon; y que se diga esclava
Del déspota oriental sufrir no quiero;
Ella esposa de un moro!.. Mas decidme
¿Desde quándo un enlace tan funesto
Se ha estrechado?
erem. Ahora mismo: en este instante
Se celebra quizá.
elayo. Pues aun es tiempo;
Volemos á la pérfida: mi vista
La llenará de horror; este himeneo
No se hará, no: si por desgracia es tarde,
La ahogará á mi presencia el sentimiento (1).
erem. El en su ardiente frenesí se ciega:
Sigámosle, Leandro; y á lo menos
Si regir su furor no conseguimos
Con él quando perezca moriremos.

(1) *Sale precipitadamente.*

ACTO SEGUNDO.

El Teatro representa un salon del palacio de Munuza.

ESCENA PRIMERA.

HORMESINDA, MUNUZA, ALVIDA Y AUDALLA.

Hormesinda en su sofá sostenida por Alvida en la actitud de ir saliendo de un deliquio: Munuza en pie junto á ellas: Audalla algo separado hácia un lado del teatro, y mirándolos desdeñosamente.

Munuza. O ingratitud! ó femeníl flaqueza!
Con que quando debiera la alegría
Su corazon henchir, y este momento
Ser el mas delicioso de su vida;
Dudar! temblar! desfallecer!.. y apenas
Dan sus labios el sí, quando oprimida
De congoja mortal, yerta la miro
A mis plantas caer!
Alvida. Señor, mitiga
Tu enojo; ya en sí vuelve.
Horm. (1) ¿En dónde, ¡ó Cielos!
En dónde estoy?
Alvida. Recóbrate, Hormesinda,

(1) *Volviendo en sí poco á poco.*

Mis brazos te sostienen, á tu lado
A tu esposo contempla.
Munuza. Ella le irrita
Con esa turbacion.
Hormes. Querido amante,
Piedad de esta infeliz: ¿por qué afligirla
Tambien los ecos de tu labio airado,
Y esas miradas de furor conspiran?
Munuza. ¿Quál es pues, dime, la funesta causa
De aquesta agitacion tan repentina,
De ese pavor horrible que en tu frente
Y en tus ojos atónitos se pinta?
Hormes. El Cielo ve la pena, los temores
Que mi interior ahora martirizan,
Y ve tambien á mi amorosa llama
Esplayarse por él siempre mas viva.
Sed contento, Señor, vos ya vencisteis,
El triunfo es vuestro, la vergüenza es mia.
Ah! ¿qué dirán ahora los cristianos (1)
De esta muger desventurada?
Munuza. Olvida
Sus inútiles quejas; ellos deben
A tí humillarse.
Hormes. ¡O quál me atemoriza
El parabien aquel!.. ¿En dónde queda
El venerable anciano que solia
Con su amor y consejos ampararme?
Todo me abandonó: tú sola, Alvida,
Tú sola no desdeñas mi fortuna.
Alvida. Eterno mi cariño, dulce amiga,

(1) *A Alvida.*

Siempre te seguirá.

Hormes. De estas ideas
Tiranizada ya mi fantasía,
Trémula y vacilante a vuestro alcázar
A juraros mi fe fui conducida.
Jurada está, Señor, no me arrepiento:
Soy vuestra, y lo seré... quando salian
Las fatales palabras de mi boca,
Y el acto solemnísimo cumplian,
Me pareció que alzándose Pelayo
En medio de los dos, y ardiendo en ira,
Qué te hicieron, ó pérfida, los tuyos
Para así abandanarlos? me decia.
Tiembla entonces el suelo, ante mis ojos
La luz de las antorchas se amortigua;
Baña el sudor mi frente, el pie me falta,
Y opresa del afan caygo sin vida.
O deliquio cruel!

Munuza. ¡O ilusion vana
Que todo mi placer vuelve en acíbar!
¿Ha de romper Pelayo á perseguirte
La noche eterna de la tumba fria
Que ya le esconde?

Hormes. Y si viviese acaso;
Ah! quál entonces su dolor seria!
Desdichada de mí!

Munuza. Lanza esas sombras
Que tu tímido espíritu atosigan:
Serénate ya en fin. ¿Es tan penoso
Coronar el amor, labrar la dicha
De un amante querido?

Hormes. Ay! no... Pelayo,

Ya en el Cielo ante Dios dichoso asistas
Gozando el premio á tu valor debido,
Ya proscripto en la tierra, y triste aun gimas;
Oye la voz de tu angustiada hermana,
Perdónala. Tu esfuerzo y osadía
A defender la patria no bastaron;
Sufre que yo la alivie en su desdicha,
Que yo la madre y protectora sea
De los vencidos que en su amor confian.
El lo quiere... (1) No es cierto? Ah! yo me en-
Al afecto imperioso que me guia, (trego
Querido amante: mas consiente ahora,
Que sola un breve tiempo y recogida
Tu esposa pueda contemplar su suerte,
Acallar los temores que la agitan,
Y llenar solo su tranquilo pecho
Del tierno y dulce amor que tú la inspiras (2).

ESCENA II.

Munuza y Audalla.

unuza. Es temor, es desden? qué es esto, Audalla?
¿Pude esperar en semejante dia
Tal confusion?
udalla. El sucesor augusto
Del sublime profeta acá me envia,
No á arreglar tus querellas con tu esclava,
Sino á que España nuestros ritos siga

(1) *Mirando tiernamente á Munuza.*
(2) *Se apoya en Alvida, y se retiran las dos.*

De grado ó fuerza. Nunca los caprichos
Del amor entendi, ni las caricias
Del sexô engañador rendir pudieron
Un momento jamás el alma mia.
Cercado siempre de armas y soldados,
Entregado á las bélicas fatigas
Sé pelear y no amar: sé hacer esclavos,
Nunca servir. Que nuestra ley divina
Por siempre triunfe, y que ante el gran Profeta
El universo incline su rodilla;
Tales son mi ambicion y mis deseos.
Qué valen con la gloria las delicias?
Por esto es siempre vencedor mi brazo,
Y tú tiembla, Munuza, que esa indigna
Pasion al fin te pierda; y que los Cielos
Castiguen el amor que te domina,
Arrancando á tus armas la victoria.

Munuza. Debieron ver tus ojos á Hormesinda
Quando anegada en llanto y desolada
Por la primera vez ante mi vista
Se presentó: su tímida hermosura,
Su ademan, sus palabras compasivas
Llenas de angustia y de dolor, no solo
Las entrañas de un hombre ablandarian;
Mas rindieran tambien á las serpientes,
Que aborta en sus desiertos nuestra Libia.
Yo la escuché, y venció: Gijon es libre
Del furor de la guerra y la conquista.

Audalla. ¿Y no temes que al fin tanta flaqueza
Llegue á causar tu irremed able ruina?
¡Ay del que es opresor si abre el oido
A la piedad, y si imprudente olvida

Que ante él deben marchar la servidumbre,
La amenaza, el terror! Si así no humillas
Esta fiera nacion que á nuestras plantas
Yace mas espantada que vencida,
Teme tu perdicion. Goza en buen hora
Del amoroso halago y las caricias
De esa cristiana; los demás perezcan,
O en vergonzosa esclavitud nos sirvan,
Mientras no abracen nuestra ley: Munuza,
Así lo manda nuestro gran Califa.
Osarás resistir? ¿olvidar puedes
Que al partir de Damasco, esa cuchilla
Para extender la ley puso en tus manos?

Munuz. Y contra quién, Audalla, he de esgrimirla?
¿Contra unos miserables que rendidos
Ante mis ojos con pavor se inclinan?
Mi arrogancia desdeña á los humildes.

Audalla. Ellos tal vez castigarán un dia
Bondad tan temeraria.

Munuza. Aun soy Munuza (1):
Pendiente de mis hombros todavía
Se ve la formidable cimitarra,
Que huérfanas dexó tantas familias.
Tiemblan de mí despiertos; se estremecen,
Si su atemorizada fantasía
Mi aterradora faz les pinta en sueños.

ESCENA III.

Ismael y dichos.

Ismael. Dos cristianos, Señor, á vuestra vista

(1) *Despues de una corta pausa.*

Pretenden parecer; es uno de ellos
Aquel anciano, el deudo de Hormesinda,
El otro un jóven que dolor y enojo
En su semblante intrépido respira.

Munuza. Entren al punto (1).

Audalla. Acuérdate, Munuza,
Que la ley soberana del Califa
Se habrá de promulgar, que los Emires
Te aguardan á este fin.

Munuza. Basta (2).

ESCENA IV.

Pelayo, Veremundo y Munuza.

Munuza. ¿Qué os guia,
Decid, á mi presencia?

Verem. Una ventura
Para la gente mora, una desdicha
Para el pueblo español: murió Pelayo:
Testigo de su suerte la confirma
Este guerrero, y á Hormesinda trae
La fúnebre y amarga despedida
De su hermano infeliz.

Munuza. Quizá esta nueva (3)
Los temores ahuyente que la ostigan.
Conque murió Pelayo? ¿Veis, cristianos,
En la fortuna nuestra ley escrita?

(1) *Se va Ismael.*
(2) *Sale Audalla.*
(3) *Aparte.*

El Cielo la consagra con victorias,
Y os abandona: en qué os parais? Seguidla.
Pelayo. Yo me engañé, quando al saber tu fama,
Generoso, ó Munuza, te creía:
La muerte de un contrario valeroso
Solamente el que es vil la solemniza.
Munuza. Y quien eres tú, di, que tan osado?..
Pelayo. Sabe, moro, que alienta todavía
Pelayo en mi...
Verem. (1) Señor, disculpa sea
De tal temeridad su afliccion misma.
En Pelayo su gloria y su esperanza
Los españoles míseros ponian.
Ya pereció: las lágrimas que damos
Al esquivo rigor de su desdicha
No te ofendan, Munuza.
Munuza. Yo á Pelayo
Ni amé, ni aborrecí: mas su porfía,
Su temeraria obstinacion pudiera
Sernos fatal: así quando nos libra
Alá de su furor, gracias le rindo
De que á este imperio tan benigno asista.
Cristianos, sois perdidos!
Pelayo. No te fies
En tu prosperidad: Dios pudo un dia
Separar su favor de aqueste pueblo,
Y abandonarle á su terrible ira.
De los godos contempla el poderío.
La suerte en un momento le derriba:
La suerte puede hacer que en un momento

(1) *Interrumpiéndole.*

Cayga tambien vuestra soberbia altiva.
¿Quién sabe, si aplacado con nosotros
Ya el Cielo un brazo vengador anima
Que ataje vuestra próspera bonanza?

Munuza. Será el tuyo tal vez?.. Mas Hormesinda
Va á parecer delante de vosotros.
Tú, imprudente, refrena esa osadía,
Usa un lenguage y ademan conformes
A tu fortuna humilde y abatida;
Y no al leon irrites que te escucha,
Y por desprecio tu arrogancia olvida. *Vase.*

ESCENA V.

Pelayo, y Veremundo.

Verem. Gracias al Cielo! Al cabo con su ausencia
Mi temeroso corazon respira.
Quál me has hecho temblar! ni tus promesas,
Ni el velo que á sus ojos te encubria,
A asegurar mi agitacion bastaban.
Del tirano al aspecto enardecida
Tu mente se arrojaba toda entera;
Y en tus miradas fieras se veía
La mal cubierta indignacion: en vano
La desolada España en tí confia,
Si no atiendes la voz de la prudencia.
No sabrás moderarte?

Pelayo. ¿Y quién me obliga
A tan torpe disfraz? Nunca Pelayo
Descendió á la flaqueza, á la ignominia
De engañar; el que engaña es un cobarde
Que confiesa su mengua en su perfidia.

Y yo miento mi nombre! ¡y yo le escondo
Delante de ese moro! ¡O fementida
Muger!

Verem. Ella se acerca.

ESCENA VI.

Hormesinda y dichos.

Hormes. (1) Padre mio,
Con qué aun no me olvidais?.. ¿Pero qué miran
Mis ojos? Ay! él es... Valedme Cielos!

Verem. La ves á tu presencia confundida?
Calle la indignacion; hable, hijo mio,
La sangre solamente.

Hormes. Ya á tu vista
Tienes esta infeliz, esta culpable
A quien Dios en su cólera dió vida;
A quien antes de verse en tal momento,
La negra muerte aniquilar debia.
No imploro tu piedad, no la merezco,
Ni cabe en el honor que en tí respira.
Pero permite que tu hermana ahora
Con lágrimas rescate de alegría
Las lágrimas que un tiempo dió á tu muerte
En luto acerbo, y en dolor vertidas.
Sufre que al gozo me abandone... (2).

Pelayo. Aparta:
Mi hermana tú? Jamás. Quien aquí habita,

(1) *Se dirige primero á Veremundo; despues repara en Pelayo, y se para con el mayor abatimiento.*

(2) *Hace ademan de acercárse á él.*

Quien se complace en la estacion odiosa
De la supersticion y tiranía
No puede ser mi sangre. En otro tiempo
Tuve una hermana yo que era delicia
De Pelayo y de España: virtuosa,
Inocente y leal, siempre fue digna
De todo mi cariño y mis cuidados,
Que con mi patria la infeliz partia.
El Cielo encarnizado en perseguirme
Me la robó: la que mis ojos miran
Es una infame apóstata, que ahora
Mi vista indignamente escandaliza.
Ella insulta á los males de la patria,
Ella desprecia las desgracias mias,
Ella en fin me aborrece.

Hormes. Y qué! ¿No basta
Ya mi pasion para encender tus iras,
Sin que tambien destierres de mi seno
A la naturaleza, que en él grita
Con mas fuerza que nunca?

Pelayo. ¿Y no gritaba,
Quando ese vil amor que te perdia
Te atreviste á escuchar, y te entregaste
Al Arabe falaz que te esclaviza?
No pensabas en mí? ¿No contemplabas
Que era clavar en las entrañas mias
Un acero mortal, y atar la patria
Al yugo atroz del musulman tú misma?

Hormes. ¿Qué peso puede hacer en la balanza
Que los reynos levanta ó los inclina
De una flaca muger la resistencia?
Pelayo; ¡ó quánta compasion tendrias

De esta desventurada, en quien ahora
Tu enojo todo sin piedad fulminas,
Si vieras mi amargura y mis combates!
Yo pudiera decirte...

Pelayo. Y qué dirias?

Hormes. Que este amor á la patria que te enciende
Es la sola ocasion de mi desdicha.
Yo inocente viví: nunca en mi pecho
La llama del amor se vió encendida;
En todas tus fatigas y peligros
Mi llanto y mi memoria te seguian.
Cayó España, Pelayo: y ya aguardaba
A verme sepultada en sus cenizas,
A que me arrebatase en su violencia
El torrente veloz de la conquista;
Quando Gijon amenazada... el Cielo...
Perdona... el Cielo mismo mi caida
Consiente. Opresa España, los cristianos
Mi favor implorando, y cada dia
De ese moro tan bárbaro á tus ojos
La generosidad siempre mas viva;
Los exemplos, tu muerte... ¡O quántas veces
Dixe: Pelayo, á defender camina
Tu amada hermana en tan tremenda lucha!
Y Pelayo implorado no venia:
Y la triste Hormesinda abandonada
Del Cielo y de la tierra...

Pelayo. Y qué! Por dicha
Aunque tu hermano perecido hubiera,
La gloria de su nombre no vivia?
No reflexaba en tí? ¿tú no debiste
Defenderla, guardarla sin mancilla,

Y antes morir, que recibir los dones
Con que el moro doró nuestra ignominia?
Yo vi, yo vi la patria desplomarse
Del Guadalete en la funesta orilla,
Y sin perder aliento á sostenerla
El hombro puse y la constancia mia.
Tres años siempre combatiendo; España
De mi sangre y sudor toda teñida,
El rencor de los árabes, al mundo
Mi celo y mi fervor publicarian.
Todo es ya por demás: qué soy ahora?
Un vil aliado de la gente impía
Que oprime mi país. Desventurada!
Los ojos vuelve en derredor, y mira;
No hallarás sino mártires: los unos
Pereciendo al rigor de las cuchillas
Del feroz sarraceno en las batallas:
Los otros en las cárceles agitan
Su pesada cadena; otros desnudos,
Opresos de hambre y de miseria espiran.
Todos te enseñan á sufrir: ¿qué importa
Que otras mugeres débiles ó indignas
Se hayan rendido al musulman halago?
En medio del contagio deberia
Mantenerse Hormesinda ilesa y pura,
Como á su hermano el universo mira,
Quando el estado se desquicia y cae,
Impertérrito y firme entre sus ruinas.
Hormes. Pues bien: tú ves mi error y le detestas;
Yo tambien le detesto, y á mi misma.
He aquí mi seno, hiere, y en un punto
Acaba con tu afrenta y con mi vida.

Pelayo. (1) Tienes valor? eres mi sangre? Aun tiempo
Es de enmendar tu ofensa: esas vecinas
Montañas van á ser el fuerte asilo
De los cristianos que á vivir aspiran
Libres de la opresion. Dexa á ese moro
Que con su infame seduccion fascina
Tu corazon; y atrévete á seguirme
A donde lejos del oprobio vivas.
No respondes?

Hormes. Pelayo, es doloroso,
Sin duda, aqueste lazo que abominas;
Mas ya la suerte le estrechó, y...

Pelayo. Acaba.

Hormes. El deber no consiente que te siga.

Pelayo. El deber! el amor.

Hormes. Yo llamo al Cielo
En testimonio...

Pelayo. Calla, y no su ira
Despiertes contra tí.

Hormes. Sí, yo le llamo,
El ve mi corazon y tu injusticia.

Pelayo. El ve triunfar tu abominable llama
De tu sangre y su ley. Pues qué! ¿No miras
Que no es tuyo su Dios?

Hormes. Yo ofrecí al mio
Vivir siempre con él.

Pelayo. Promesa impía!

Hormes. Yo la dixe, él la oyó; mi pecho nunca
La negará.

Pelayo. Qué horror!

(1) *Despues de una corta pausa.*

Verem. (1) Tu ardor mitiga,
Y acuérdate que la infeliz España
De tí su bien y su esperanza fia.
Huyamos de la vista del tirano.
Pelayo. A Dios, muger sacrílega: acaricia
Al insolente moro á quien adoras:
Conságrale tu abominable vida:
Será por poco: escucha, los valientes
Se van á armar y á alzár; la tiranía
Contrastada va á ser; y si vencemos,
Fuerza será que al ver á la justicia
Alzar su brazo inexôrable, tiemble
La prevaricacion. Tú de tí misma
Quéjate entonces, si el horrendo crímen
En el estrago universal expías (2).
Hormes. Bárbaro! mi suplicio está aquí dentro:
No es posible mayor para Hormesinda.

ACTO TERCERO.

(3) ESCENA PRIMERA.

Leandro y Veremundo.

Leand. Resuelto está, Señor: aquí debemos
Perecer ó triunfar: Pelayo intenta
Que el mismo sitio que miró el agravio,

(1) *A Pelayo.*
(2) *Sale con Veremundo.*
(3) *La Escena es la misma que en el Acto primero.*

Tambien presente á la venganza sea.
Verem. O qué temeridad! él, hijo mio,
Incauto al precipicio se despeña;
Qué rara vez corona la fortuna
Lo que el furor frenético aconseja.
El suyo le arrebata: aun me estremezco
De las amargas y terribles quexas
Con que acusó á Hormesinda; al fin salimos
Del peligroso alcázar; y su pena,
Sumida en un silencio formidable,
Quanto menos patente era mas fiera.
Te vió, y al punto te arrastró consigo:
Dónde, no sé: pero quizá ya os cercan
Tantos riesgos...
Leand. Mayor que todos ellos
El alma de Pelayo los desprecia:
En esta misma noche, en este sitio
A los patricios de Gijon espera,
Y enardecer sus ánimos confia
A que le sigan en su heroyca empresa.
Verem. Y vendrán?
Leand. No dudeis: los mas valientes
Lo prometieron. Teudis y Fruela,
Eladio, Sancho, Atanagildo, Alfonso:
Alfonso que dexaba estas riberas,
Y ya no parte: todos deseaban
De Pelayo saber: todos esperan
Que ha de ser á su vista en esta noche
La suerte de Pelayo manifiesta.
La hora se acerca en fin: y por ventura
El momento feliz tambien se acerca
De empezar otra lid mas peligrosa,

Pero de mas honor que la primera.
Tras de tantas fatigas y combates
Rendir el cuello á la servil cadena
Fuera insufrible mengua, y no es posible
Que nuestro corazon consienta en ella.
Mas ya llegan aquí.

ESCENA II.

Alfonso, varios nobles de Gijon, y dichos.

Alf. De tí dolidos
Los Cielos, Veremundo, te conservan
A tu amado Leandro, y no consienten
Que en tan amarga soledad padezcas.
Todos gozando en la ventura tuya
El parabien te dan.
Verem. ¡Quál lisongea
Ese tierno interes mi anciano pecho!
El os lo paga en gratitud eterna,
Nobles Astúres: y pluguiese al Cielo
Que este bien que su mano me dispensa,
A todos los cristianos se extendiese.
Sentaos (1): el celo hermoso que os alienta
Me alcanza á mí, y al contemplarlo, hierbe
La sangre que la edad heló en mis venas.
O! ¡Si de aquesta vez consejos dignos
De ventura y honor de aquí salieran!
Mas no es posible: el mal que nos agovia
Vence á un tiempo al valor y á la prudencia.
Alf. Y por qué desmayar? ¿No es un anuncio

(1) *Se sientan todos.*

Ya de ventura la imprevista vuelta
De ese jóven? Mis ojos se complacen
En ver un hombre al fin, donde antes vieran
Solo viles esclavos... ó Leandro,
Tú que á su lado en las batallas fieras
Con generoso esfuerzo combatiste;
Responde, da este alivio á mi impaciencia:
Vive Pelayo?

ESCENA III.

Pelayo (1) *y dichos.*

elayo. Vive, si es que vida
Mi exîstencia fatal llamarse deba
De infortunios sin término acosada,
Y hoy entregada á intolerable afrenta:
Pelayo soy, el hijo de Favila,
El que por tanto tiempo en la defensa
Del estado sudó, cuyos trabajos
Por toda España su renombre llevan.
Soy el que siempre independiente, libre
De entre la ruina universal ostenta
Exênto el cuello de los hierros torpes
Que sobre el resto de los godos pesan.
¿Qué me sirven empero estos blasones
Cuyo bello esplendor me envaneciera,
Si ajados ya, por tierra derribados,
¡O indignacion! un árabe los huella,
Y Hormesinda los vende?.. ó Gijoneses!

(1) *Entra al tiempo de decir Alfonso las últimas* *labras.*

Disculpad estas lágrimas que riegan
Mi rostro enroxecido: en mengua tanta,
Qué mucho al fin que el pundonor las vierta?
Venganza os pido, y por venganza anhelo:
Si de vos por ventura alguno tiembla,
Que en semejante infamia sumergida
Su hija, su hermana, ó su consorte sea;
El que en sí oyere del honor el grito
Como en mi pecho destrozado truena;
Ese me siga á castigar mi injuria,
Y así la suya con valor prevenga.
Alf. (1) Sí, yo te seguiré: dexa, Pelayo,
Que á tu diestra valiente una mi diestra,
Que me alboroce viéndote, y contigo
Al moro jure inacabable guerra.
Alfonso de Cantabria te saluda,
Y los buenos con él, que en tu presencia
Ven renacer las dulces esperanzas,
Que ya en tu aciado fin lloraban muertas.
No solamente á castigar tu injuria
Te seguiré, sino á vengar con ella
La patria que reclama nuestros brazos,
Y de tanto abandono se querella.
Será su primer víctima Munuza.
Pelayo. O ardimiento feliz! Yo bendixera
Mis propios males, si ocasion dichosa
De que la patria respirase fueran. (2)

(1 *Se levanta, y corre á Pelayo: los demás también se levantan.*

(2) *Vuélvense á sentar; y Pelayo se coloca entre Veremundo y Leandro.*

Bien lo sabeis: mis débiles esfuerzos
Osaron contrastar en su carrera
Al feroz Musulman; y contrastando
A los reveses mi valor, espera
Que el árbol encorbado en la borrasca
Sus ramas levantando ya dispersas,
Se enderece mas bello y mas frondoso,
Y con su sombra á defendernos vuelva.
Uno de los Nobles. Si el peligro arrostrando denodados,
Y pereciendo en él se consiguiera
El magnánimo fin; mi vida entonces
Al altar de la patria por ofrenda
La primera á inmolarse correria:
Mas la fuerza se abate con la fuerza.
Volved la vista atras: mirad la plaga
Que levanta en la Arábia un vil profeta,
La Asia y la Libia devastar, y al cabo
En la Europa caer: á su violencia
Arrolladas las huestes españolas
El gótico poder cayó con ellas,
Y sobre él orgulloso el Agareno
De mar á mar tremola sus banderas.
El español atónito en su estrago,
Y ya domesticado en su cadena,
Ni de su daño y su baldon se irrita,
Ni á los clamores del valor despierta.
Pelayo. Qué es pues el hombre? ó Cielos! A su au-
Se ven ceder las indomables fieras, (dacia
Los montes rinden su orgullosa cima,
La explosion del volcan aun no le aterra;
Y un hombre le subyuga!.. Nuestros nietos
Vendrán y exclamarán: „¿Por qué se sienta

Sobre nuestra cerviz desventurada
Del ageno temor la injusta pena?
Somos quizá los que en Xerez huyeron?
¿O los que abandonando la defensa
De la patria, labraron con sus manos
Este yugo cruel que nos sujeta?"
Así España hablará contra nosotros,
Recordando ¡ó dolor! que á tanta afrenta,
A una opresion tan mísera pudimos
Añadir el baldon de merecerla.

Alf. Perezca aquel que sobre sí le llame!
El pueblo me decís duerme y se entrega
A los serviles hierros que le oprimen;
¿Quién sabe si esa mar ahora serena
El soplo de los vientos solo aguarda
Para tronar y amenazar soberbia?

Verem. No así tan presto en la esperanza fie
Vuestro arrojado ardor. Y si se niega
A seguir vuestros pasos la fortuna,
Si sois vencidos en tan árdua empresa;
¿Quién guarecer á la infeliz España
Podrá de la venganza, que violenta
En luto y sangre cubrirá al momento
Las débiles reliquias que conserva?

Pelayo. Es justa nuestra causa, el alto Cielo
La dará su favor.

Verem. Tambien lo era
Quando en Xerez lidiábamos.

Pelayo. No, amigos,
No lo fue, yo os lo juro, por la inmensa
Pérdida que los godos allí hicieron;
Aun indignado el corazon se acuerda

Que la molicie, el crímen nos mandaban.
En ruedas de marfil, envuelto en sedas,
De oro la frente orlada, y mas dispuesto
Al triunfo y al festin que á la pelea,
El sucesor indigno de Alarico
Llevó tras sí la maldicion eterna.
Ah! yo lo vi: la lid por siete dias
Duró, mas no fue lid, fue una sangrienta
Carnicería, huyeron los cobardes,
Los traydores vendieron sus banderas,
Los fuertes, los leales perecieron.
No lo dudeis, los vicios, la insolencia
De Vitiza y Rodrigo á Dios cansaron;
Y ya la copa de su enojo llena,
Abrió la mano, y la vertió en los godos
Que tan torpes escándalos sufrieran.
Verem. Cedamos pues; cedamos al decreto,
Que á afan y á servidumbre nos condena.
Quando menos debiéramos, sufrimos;
¿Y habremos de escuchar nuestra impaciencia
Al tiempo que oprimidos y dispersos,
Sin fuerzas, sin apoyo, se nos cierran
Las puertas hácia el bien? Dios nos castiga;
Humillemos la frente á su sentencia.
Pelayo. Quizá en tantas desgracias ya cumplida,
O españoles, está. Ved la halagüeña
Ocasion que nos muestra la fortuna;
Ella moviendo su voluble rueda
Nos manda la osadía. Ved al moro,
Ansiando en su ambicion toda la tierra,
Salvar los montes, inundar las Galias,
Que al carro de su triunfo atar desea.

Allá se precipitan sus guerreros:
Y á España en tanto abandonada dexan
A los que ya de combatir cansados
Al ocio muelle, y al placer se entregan.
Llena Gijon de fieles fugitivos,
Llenas tambien las convecinas sierras,
Brazos y asilo á un tiempo nos ofrecen,
Y acaso culpan la tardanza nuestra.
Demos pues la señal: ¡ó quántos pueblos
Nos seguirán despues! Mas si se niegan
A tan bella ocasion.... Sirva en buen hora,
Y la frente cobarde al yugo tienda
El débil y estragado mediodía:
Hijos, vosotros, de estas asperezas,
A arrostrar y vencer acostumbrados
De la tierra y los Cielos la inclemencia,
Temblareis? Cedereis? No. Nuestros brazos
Alcen de los escombros que nos cercan
Otro estado, otra patria, y otra España
Mas grande y mas feliz que la primera.

El Noble. Jóven sublime! tú el camino hermoso
De la virtud y gloria nos presentas.
Tu ardimiento á imitarte nos anima.

Alf. Sigámosle, españoles: Mas es fuerza
Si se ha de conseguir tan árduo intento,
Que uno mande, los otros obedezcan.
Rodrigo pereció, y el cetro godo,
Vilmente roto en su insolente diestra,
Clama imperiosamente que otras manos
En su primer honor le restablezcan.
Nosotros que aspiramos á esta gloria,
Aquí debemos, á la usanza nuestra,

El caudillo elegir que nos conduzca,
El Rey alzar que nuestro apoyo sea.
Mi voz nombra á Pelayo.

Pelayo. Gijoneses,
No abrigueis tal error: ¡con qué vergüenza
Se afligiera la sombra de Ataulfo,
Descansar viendo su Real diadema
Sobre una frente que el rubor humilla!
Buscad otra mas digna en que ponerla,
Ilustres campeones.

Alf. No así injuries
A tu explendido nombre, á tus proezas,
Al celo de los buenos que te admiran:
Degradarte? Jamás. Ah! no lo creas,
No es dado á una muger frivola y débil
Manchar la gloria, y trasladar su afrenta
A aquel que sin cesar sus pasos guia
Del honor y virtud por la árdua senda.
Ese escándalo torpe que te ofende,
En lugar de apocarte, te engrandezca
Al terrible castigo y la venganza.
El pueblo adora en tí, la patria espera:
Podrás dudar?.. Valientes Asturianos,
Respondedme: ¿quién és, dónde se encuentra
El que con mas ardor se ha ennoblecido
En esta grande y desigual contienda?
¿Quien de tantas desgracias á despecho
Nunca desespero? ¿Quien nos alienta,
Y en nombre de la patria nos inflama?

Los Nobles. Pelayo.

Alf. ¿Quién pues ser nuestra cabeza
Mas bien merece, y fundador ilustre

Del nuevo estado que á rayar comienza?

Los Nobles. Pelayo.

Alf. El nuestro General, nuestro Monarca
Debe sér, ciudadanos.

Los Nobles. El lo sea (1).

Alf. Oyes el voto universal? Ahora
Vil desercion tu resistencia fuera;
No es el trono opulento de Rodrigo
Cercado de delicias y riquezas,
Sumergido en el ocio y la molicie,
El que á tí los cristianos te presentan.
Las fatigas, la muerte, las batallas,
Tu débil solio sin cesar asedian,
Mas la gloria y la patria al mismo tiempo
A par de tí se acercarán con ellas.
Tus vasallos son pocos, mas leales;
Todos por mí te ofrecen su obediencia.

El Noble. He aquí el escudo, emblema del esfuerzo
Con que debes velar en su defensa.
Hasta aquí mi igual fuiste; desde ahora
Yo te llamo mi Rey: y á tus excelsas
Virtudes, y á tu gloria el homenage
Rindo, que un tiempo les dará la tierra.
¡Plegue á Dios que la nueva monarquía
Que hoy por un punto tan estrecho empieza,
Abarque toda España; y que tu espada
Centro del mundo con el tiempo sea!

(1) *A esta aclamacion todos se levantan: uno de los Nobles coge un escudo, y acompañado de Alfonso se acerca á Pelayo en actitud reverente.*

elay. (1) Pues yo ofrezco á mi vez, ínclitos godos,
Ser en la dura lid que nos espera
Siempre el primero, y siempre conduciros
Donde las palmas del honor se elevan.
Respeto eterno á la justicia juro:
Si en algun tiempo lo olvidáre, puedan
Verter en mí su indignacion los Cielos
Con mas rigor que el que en Rodrigo emplean.
Deshecho entonces mi poder...

ESCENA IV.

Un Gijonés y dichos.

l Gijonés. Cristianos,
Volved la vista á la desgracia nueva
Que asalta á nuestra patria: ya Munuza
Su indigna atrocidad descubre entera.
La indulgencia y piedad que antes mostraba
A nuestra desventura, á nuestras penas,
Fingidas fueron, cebo pernicioso
De su vil seduccion: la ley perversa
De ser esclavo, ó Musulman, el godo
Se publica mañana.
lf. O! ¡si pudiera
Mañana ser el venturoso dia
De oprimirle!
l Gijonés. Sabed que ahora se observa
Un repentino y grande movimiento
En su alcázar, las armas centellean,
Y la guardia se dobla: un mensagero

(1) *Poniendo la mano sobre el escudo.*

De Mérida enviado es quien altera
El tranquilo silencio de la noche.

Leand. Prevengámosle, godos: que perezca
El tirano mañana á nuestras manos.

Verem. ¿Y no temeis la muchedumbre fiera
De sus soldados? Dilatadlo os ruego:
Bastantes aun no sois, haced que vengan
A unirse con vosotros los cristianos
Que esconden fugitivos esas sierras.

Pelayo. O mañana, ó jamás. ¿Quereis acaso
Vuestra fortuna abandonar expuesta
A la cobarde sugestion del miedo,
De la perfidia á la alevosa lengua?
Mañana, quando el bárbaro en la plaza
Haciendo ostentacion de su insolencia
Diere esa ley fanática, y el pueblo
Hervir de oculta cólera se sienta;
Entónces todos levantando á un tiempo
El fiero grito de improvista guerra,
Y proclamando en él la fe, la patria,
Los fieles concitad á defenderlas.

Alf. Al ardor que en mí siento, á la esperanza
Que en este instante el corazon me alienta,
No hay que dudar, vencemos. O cristianos!
Traydor se llame y maldecido muera
El que sin la victoria ó sin la muerte
Su brazo aparte de tan santa empresa.
Sobre este acero al Dios que nos escucha,
O vencer ó morir juro.

Leand. (1) En tu diestra

(1) *Asiendo la mano de Alfonso.*

Lo juro yo tambien.

Un Noble. (1) Y yo.

Otro Noble. (2) No hay nadie
Que ansioso no lo jure.

Pelayo. O providencia!
Si, que mañana al acabarse el dia,
O vencer ó morir el sol nos vea.

ACTO QUARTO.

(3) ESCENA PRIMERA.

Pelayo, Leandro, Audalla, guardias.

Audalla. Soldados, despejad: guardad las puertas,
Y que ningun cristiano en este alcázar
Consiga penetrar: vos (4) aquí en tanto
Aguardad vuestra suerte. *Vase.*

ESCENA II.

Pelayo, y Leandro.

Leand. (5) O noche infausta!
De eterna exêcracion merecedora!

(1) *Acercándose á ellos, y haciendo ademan de asir su mano.*

(2) *Todos hacen el mismo ademan que Alfonso en actitud de jurar por su espada.*

(3) *La Escena es la misma que en el Acto segundo.*

(4) *A los cristianos.*

(5) *Despues de una pequeña pausa.*

Así el Cielo derriba la esperanza
Del hombre y sus intentos... O Pelayo!
La fortuna por fin no nos separa,
Y el consuelo aunque amargo nos permite
De lastimarnos juntos... Mas tú callas,
Y sumergido en tu profunda pena
No atiendes á las lúgubres palabras,
Que á tí dirige tu afligido amigo.
¿Acaso en trance tal tu grande alma
A tantos males superior un tiempo
Se siente desmayar? La muerte armada
De horror se nos presenta; es doloroso
Perecer sin defensa y sin venganza:
Pero así acabarán nuestras fatigas:
El Cielo no ha querido coronarlas
En la tierra.

Pelayo. Infeliz! ¿por qué he nacido
En edad tan funesta y estragada,
Sorda al honor, y muerta á la fortuna,
Dada á la servidumbre, y á la infamia?
Valiera mas no ser!

Leand. Tu noble aliento
Te abandona sin duda: aunque cerrada
A nuestra salvacion la senda mires,
No así tambien su salvacion la patria
Llorará muerta. El Cielo otros valientes
Sabrá excitar, Pelayo, á libertarla,
A quienes acompañe mejor suerte.
Nuestros amigos...

Pelayo. Esperanza vana!
Ya quizá las mazmorras los esconden,
O el brazo de la muerte los acaba.

No: la infame, la horrenda alevosía
Que á nuestra perdicion nos arrebata,
Ningun camino á la salud presenta.
Tú lo quieres así, Dios de venganza,
Tú lo decides; y en tu mente augusta
Con colores de fuego estan pintadas
Las culpas de Vitiza y de Rodrigo,
Sin que ya nuestra fe baste á borrarlas.
Tú haces triunfar al moro: tú abandonas
Ya para siempre á la infeliz España
A la superstición abominable
Con que tu nombre el Arabe profana.
Vendrá, sí, vendrá un dia en que te vuelvas
Hácia aquesta region esclavizada,
Y al contemplar el espantoso estrago
Con que te plúgo un tiempo castigarla,
Tus ojos de ella con dolor se aparten,
Y llores los efectos de tu saña.
Tú lo ordénaste; cúmplase. Mas dime,
Dime, Señor, ¿qué culpa tan infausta
Me hace el mas infeliz? ¿por qué en perderme
Miro mi propia sangre encarnizada?
eand. Cómo! ¿qué nueva especie de sospecha,
Qué agitacion, Pelayo?..
elayo. Ah! tú no alcanzas
La mortífera angustia que me ahoga,
Las furias que mi pecho despedazan.
Esa infame muger á quien mi labio
No puede sin horror nombrar hermana;
Esa muger frenética nos vende.
Yo en medio de mis iras y amenazas
La descubrí que los valientes iban

A armar, á alzarse, y restaurar la patria.
Y ella es sin duda, ¿lo creyeras? ella
Es la que parricida y sanguinaria
A su bárbaro amante nos entrega.
Leand. No, Pelayo: qué error! ¿á tal infamia
Su pasion llegará?.. ¿Pero qué importa
Quando la muerte su segur levanta,
La senda que á sus filos nos conduce?
Amigo, el bueno en su virtud descansa,
Y lo demás desprecia.
Pelayo. ¡Siempre, siempre
La vil traicion en pérfida asechanza
contrastando al valor! Ella en los campos
Nos perdió de Xerez; ella fue causa
De que Toledo y Mérida cayesen;
Ella al poder del moro nos arrastra.
¿Escrito pues está, que quando nace
Un pecho generoso, al punto nazcan
Otros mil que cobardes ó traydores
A la ignominia encorben la garganta?
Así la iniquidad triunfa, así mueren
De la virtud las bellas esperanzas.
Miserables humanos!

ESCENA III.

Hormesinda y dichos.

Pelayo. Mas qué veo?
Gran Dios! no es ella? qué suplicio! (1)
Hormes. (2) ¡Tanta

(1) *Se cubre los ojos por no verla.*
(2) *Deteniéndose.*

Es la aversion que esta infeliz inspira,
Que ni aun vuelves los ojos á mirarla!
Pelayo!.. No respondes?
Pelayo. ¿Por ventura
Vienes, infame, á contemplar las ansias,
A ver la humillacion en que pusiste
A este hermano que un tiempo tanto amabas?
Desnúdate ese trage que te acusa,
Viste las tocas moras, vuelve, y sacia
Tu loco frenesí con el estrago
De mi muerte cruel, y luego marcha
A presentar mi sangre á la Mezquita
En holocausto atroz.
Hormes. Bárbaro! calla,
mi culpa no merece ese castigo,
Ni á tal extremo de furor se iguala.
Tú que ves mi flaqueza y la condenas,
Eterno Dios! tú sabes si en mi alma
Un momento jamás fue desoido
El amor fraternal... Pelayo, agravia
Quanto quieras mi fe: nombres atroces
Busca, y aflige á tu angustiada hermana,
Quando la vida y libertad te trae.
Leand. ¡Con qué por tí la cristiandad lograra
Tanta fortuna!
Hormes. (1) La fatal noticia
Por el Emir de Mérida enviada
De ser falsa su muerte, y que sus pasos
Hácia Asturias oculto encaminaba,
Llegó á Munuza: al punto sospechando

(1) *A Leandro.*

En uno de los dos, manda á sus guardias
Que á la mansion de Veremundo vuelen,
Y del palacio al torreon os traygan.
Tu ardor, Pelayo, descubrió quién eras:
Vanamente á sus pies arrodillada
Aplacarle intenté: que el inflexîble
Con desdeñosa voz mi amor ultraja,
Y al fin responde, que los xefes todos
De ti decidirán. Yo desolada,
Busco otro medio, y prodigando el oro
Por los soldados árabes que os guardan
Os vengo á redimir: con presta fuga
Burlar podeis la suerte que os amaga.
Mas quán vano cuidado! el inclemente
No vuelve á mí la vista, ni se agrada
De aceptar mi favor: ¡es pues tan grande
Mi culpa, justo Dios!

Pelayo. Ves, desgraciada:
Contemplas lo que hiciste? Tu flaqueza
Ha alzado entre los dos una muralla
Que ni la voz de la piedad penetra,
Ni los esfuerzos de la sangre allanan.
¿Quién pensára jamás que hubiese un dia
En que á Pelayo á avergonzar llegára
Tu piedad misma?

Hormes. Indígnate, no importa,
Contra mi amor desventurado, exhala
Tu horror y tu vergüenza; yo bendigo
Veces mil este amor, pues él te salva.
No por ser mia, la ocasion desprecies:
Huye, Pelayo, vuela sin tardanza,
Guárdate á mejor suerte... Pero al menos

Concederás á tu infeliz hermana
Un solo don?
elayo. Quál és?
'ormes. Que oygas el grito
De la naturaleza, que reclama
Por mi clemencia, y digas, soy tu hermano,
No te aborrezco.
eand. Sus piadosas ansias
Lo merecen, Pelayo: no inflexîble
El Cielo siempre, la flaqueza humana
Castiga ayrado; si el error le ofende,
El arrepentimiento le desarma.
Vénzate su dolor.
'elayo. Inexôrable
No penseis que yo soy; en mis entrañas,
En medio de los gritos del enojo,
Aun la voz de la sangre es escuchada.
Ven, delicia y oprobio de Pelayo, (1)
Ven; recibe estas lágrimas amargas,
Que de mis ojos encendidos brotan,
Y á confundirse con las tuyas baxan.
O! Si la mancha de tu error lavasen!
Mas no es posible, no... por fin mi alma
No te aborrece: ¡el Cielo te perdone
Como yo te perdono!
'ormes. ¡O afortunada
Hora en que al fin mi lastimado pecho
De incertidumbre tan cruel descansa!
Que en fin cobró un hermano!
'elayo. Yo soy solo,

(1) *Corre hácia él, y se abrazan.*

Yo, quien debe dudar si hora le abraza
Su hermana ó su enemiga. Dios clemente!
O! ¡no permitas que la flor de España
Víctima triste de un error se vea
Al antojo de un bárbaro pisada!
Pero no se verá: (1) y el grande aliento
Que en este punto el corazon me inflama,
Anuncia que ya el tiempo de su triunfo
A ese arrogante Musulman se acaba:
Volemos pues, Leandro.

ESCENA IV.

Munuza, Audalla, Ismael, guardias y dichos.

Munuza. Aquí Hormesinda!
¿Acaso tambien ella se declara
Contra el amante que eligió su pecho,
Y á quien ayer su lealtad juraba?

Pelayo. Si el suplicio está pronto, allá me envia:
Líbrame del horror de esas palabras,
Que al salir de tu boca aborrecible,
Mas fieras que la muerte me desgarran,
Suelta el freno á tu cólera impaciente:
Iguálanos en el morir: qué tardas?
Yo te aborrezco, y te persigo; y ella...
Quál delito es mayor? ella te ama.

Hormes. (2) Cesa, cesa, cruel! divinos Cielos,

(1) *Desprendiéndose arrebatadamente de Hormesinda.*

(2) *Interponiéndose en medio de los dos.*

¿Y hareis que á completar mi suerte infausta
De mi esposo al furor mi hermano espire?
¿A quién irán primero mis plegarias,
A quién persuadirán que de su pecho
Despida esa altivez, esa arrogancia,
Que al uno lleva á perdicion segura,
Y á abusar de su fuerza al otro arrastra?
Si mis suspiros débiles no os vencen,
Si este llanto que vierto no os ablanda,
Saciad en mí los dos á un mismo tiempo
Esa sed de venganza que os abrasa.
Nadie es culpable aquí sino yo sola:
Yo á mi sangre falté, falté á mi patria,
Dí mi mano y amor á un africano,
Que azote fue de la asolada España;
Y á pesar de este amor luego conspiro
En favor del contrario que le agravia.
Culpable esposa del feroz Munuza,
Y de Pelayo criminal hermana,
¿Quién venga de una vez tantas perfidias,
Y de una vez mi desventura acaba?
O Munuza! ese alfange tan temido,
Ya enseñado á verter sangre cristiana,
Sabrá mejor mancharse con la mia:
Siega al punto con él esta garganta,
Siégala; y presta á tu infeliz esposa
En tan fiero rigor su última gracia.
Munuza. ¿Y así á abusar te atreves, Hormesinda,
Del resto de indulgencia que en mí aun habla
De tu agravio á despecho? Ola, soldados,
Conducid á mi esposa hasta su estancia,

Y custodiadla allí (1).

Hormes. ¿Mas de mi hermano
Qué ha de ser? dí; sépalo yo.

Munuza. Llevadla.

ESCENA V.

Munuza, Audalla, Pelayo, Leandro, Ismael y guardias.

Munuz. El duro estrecho en que te ves contempla;
Tu hora llegó, no tienes ya esperanza
Sino en mi compasion.

Pelayo. Yo no la imploro.

Munuza. Podrá empero salvarte, si declaras
Con qué designios á Gijon veniste,
Qué cómplices en ellos te acompañan

Pelayo. El odio que os juré me traxo á Asturias;
Son mis intentos libertar mi patria:
Todos los pechos fuertes y leales
Conmigo aspiran á tan grande hazaña.

Munuza. Quiénes son? dónde están?

Pelayo. Saberlo esperas?

Munuza. Tu salvacion, Pelayo, está cifrada
En decirlo.

Pelayo. En callarlo se aseguran
Mi honor y su defensa.

Munuza. Y si mi saña,
Confundiendo inocentes y culpables,

(1) *Una parte de los guardias rodea á Hormesinda para llevarla: ella hace la pregunta al trasponer de la Escena.*

Todo este pueblo en su violencia arrasa,
Qué valdrá entonces tu silencio?
Pelayo. Entonces
Al horror de injusticia tan tirana
La desesperacion les dará aliento,
Y cumplirán acaso mi esperanza.
Munuza. Con qué el estrago de Gijon decides?
Pelayo. Yo decido su gloria: eternizada
En mi infamia su infamia se veria;
Mas muriendo, un exemplo de constancia
La doy con que se salve.
Munuza. En lugar mio
Ponte, cristiano, y dí, ¿qué pronunciáras
Sobre el destino de un rebelde?..
Pelayo. Nunca
Me pongo yo en lugar de los que mandan
La opresion, la ignominia, y la violencia.
Munuza. Tú dictas, insensato, en tus palabras
Tu sentencia.
Pelayo. Execútala.
Munuza. Al instante.
Esos cristianos al suplicio vayan;
Ismael, y sus cómplices temblando
Contemplen el destino que se guarda
A su temeridad.
Pelayo. (1) O fiel amigo!
Nuestra carrera fatigosa acaba:
Que el valor la corone; el Cielo se abre,
Y la inmortalidad á sí nos llama (2).

(1) *Los guardias rodean á los cristianos: Pelayo se vuelve á Leandro.*
(2) *Salen.*

ESCENA VI.

Munuza y Audalla.

Munuza. Anda, arrogante, á padecer la suerte
A que tu ciego frenesí te arrastra.
Audall. Ahora sí que en tí encuentro aquel Munuza,
Cuyo nombre en los campos de la Arabia
De labio en labio vuela, y en tí veo
El firme Musulman que antes no hallaba.
Cayga Pelayo; y los cristianos giman
Al ver que aquesta víctima consagras
A tu seguridad y á su escarmiento
Munuza. ¡Un fugitivo mísero, á quien trata
De acoger mi piedad!.. ¿quáles serian,
Si vencedor se viese, sus palabras,
Quando vencido y humillado y preso
Con tal fiereza el temerario hablaba?
Que perezca como él quien le imitáre!
Audalla. Yo temí que las lágrimas, las ansias
De Hormesinda presentes en tu pecho...
Munuza. Quizá mas de lo justo en él sonaban:
Pero ya Audalla mi altivez antigua,
Contra tanta bondad clama indignada.
Conozco en mí su usado poderío;
Y siento que el amor anonadaba
El noble ardor y las costumbres fieras
Que el Africa me dió.

ESCENA VII.

Ismael y dichos.

Ismael. Señor, alzada
Hierve toda Gijon; los dos cautivos

Que ya al cuchillo la garganta daban,
Libres se ven por el furor del pueblo
Que al funesto suplicio los arranca.
Clamando libertad los nobles fieros
De la atroz sedicion soplan la llama;
La sangre corre, los cristianos triunfan...

Munuza. Maldicion sobre tí! Vamos, Audalla;
Á levantar el formidable azote
Contra esa muchedumbre vil y esclava.
No habrá perdon: sus pálidas cabezas
Pirámides serán que den á España
Testimonio inmortal del gran castigo;
Y á las ondas del mar amedrentadas,
Baxando los arroyos de la sangre,
Anunciarán su estrago, y mi venganza.

(1) ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

(2) *Hormesinda y Alvida.*

Alvida. Vuelve en tu acuerdo, mísera: á qué as- (piras?
Arde entretanto la mortal pelea
Allá en la plaza, y por ventura extiende

(1) *La Escena en este Acto, es el átrio del alcázar de Munuza.*

(2) *Hormesinda sale por las puertas del alcázar, y quiere salir al sitio de la pelea: Alvida la detiene.*

Su asoladora llama hácia estas puertas.
Entra: qué harás aquí? No así te expongas;
Huye, Hormesinda, del estrago.
Hormes. Dexa
Que en él me precipite: dexa, Alvida,
Que corra en medio de las armas fieras:
Quizá esos corazones implacables
Con solo mi morir contentos sean.
Mi mal así se mostrará á mis ojos:
Que en esta incertidumbre tan funesta
Llega vago y confuso á mis oidos,
Y en mi mente aterrada se acrecienta.
Alvida. Y así qué lograrás? doblar tu riesgo,
Y aumentar su furor con tu presencia.
¡Qué error pensar que el ominoso lazo
Con que te uniste á un moro olvidar pueda
Pelayo, y que Munuza no te culpe
Del peligroso trance que le estrecha!
Ya ni á la sangre ni al amor te fies:
Quando retumba el eco de la guerra,
Ellos exhalan sus endebles gritos,
Y escuchados no son. Naturaleza,
Al tiempo que los hombres se destrozan,
A las mugeres tímidas ordena
Que entre dolor y lágrimas se oculten.
Hormes. Oyes? el ayre se estremece y suena
Con los desesperados alaridos
Que al estruendoso batallar se mezclan.
Quién será el abatido, Dios eterno?
Miserable! Qué digo? ¿No va envuelta
Mi desastrada ruina en el estrago
De Pelayo ó Munuza? En donde quiera

Que se fixe la mente, un hondo abismo
De desventura y de dolor contempla;
Y á mí, y á este, y á aquel en solo un dia
Pierde mi amor... Mas Veremundo llega.

ESCENA II.

Veremundo y dichos.

Hormes. Señor, vos lo sabeis: Viven? Quál de ellos
Se rinde?.. Ah! por piedad, que vuestra lengua
Nada me oculte, nada.
Verem. Yo, hija mia,
Qué te puedo anunciar? Desde la excelsa
Torre en que preso fuí, donde arrastraban
Otros muchos cautivos sus cadenas,
Levantar vi un cadalso, y vi que mudos
Al funesto espectáculo se acercan
Mil cristianos, dudosos, esperando
A quién allí sacrificar se intenta.
Entre guardias al fin los dos llegaron.
Quando vuelto hácia el pueblo en voz tremenda
Leandro exclama: „ indignos españoles!
Y podreis consentir que así perezca
Vuestro libertador, vuestro Monarca,
Pelayo?" A este gran nombre, á su presencia
Que augusta y bella en magestad lucía,
Se agitan todos, y á escucharse empieza
Un ronco y sordo son qual de borrasca,
Quando á irritarse el piélago se apresta,
Y á alzar sus olas contra el Cielo: entonces
Los nobles con Alfonso, en su carrera
Arrollándolo todo, entran y arrancan

A los moros atónitos su presa.
La lid se traba, las espadas arden,
Crece la confusion, la muerte vuela,
Mientras que palpitando nuestros pechos
Entre el temor y la esperanza ondean,
La torre asalta intrépido Leandro,
Y quebrantando las ferradas puertas,
Armó de acero los robustos brazos,
Que antes cargados de prisiones eran.
Todos á combatir se precipitan,
Y yo aunque débil por oculta senda
He corrido en tu busca; que al instante,
Hija, tú fuiste mi atencion primera.
Vente conmigo: el corazon me dice
Que van á fenecer nuestras miserias,
Que vamos á ser libres. Hormesinda,
Vuélvete á la mansion de tu inocencia,
Dexa este alvergue odioso.

Hormes. ¡Y yo sería
Tan cobarde y tan vil que así lo hiciera!
Aquí vivir en la fortuna quise;
De aquí salir la adversidad me veda.

Verem. Y si vencen los nuestros?

Hormes. Si ellos vencen,
Se acordarán que aquí de la fiereza
Del rigor de Munuza en otro tiempo
Su amparo fuí, su asilo, y su defensa.
Aquí, si el hado favorece al moro,
A los pies de mi esposo en llanto envuelta
Los rayos detendré de su venganza,
O lograré que me confunda en ella.

Verem. Pero pronto este sitio, este palacio

Campo va á ser de la fatal refriega;
Pronto arruinado ó entregado al fuego
Acaso le verás... ¿Y tú no tiemblas
El atroz frenesí de los vencidos,
O el ímpetu ya ciego del que venza?
Hormes. Yo en lugar de temer amo el peligro,
Señor; si ingratos ellos me desechan,
Si ni este me conoce por esposa,
Ni por hermana aquel; naturaleza
Aun de esposa y de hermana el dulce afecto,
Para mayor tormento en mí conserva.
Sé bien qual es mi suerte; sé que el Cielo
A esta infelice señaló una senda
De espinas erizada y de amarguras,
Que va á parar á perdicion funesta.
Mas toda, toda la andaré... Entre tanto
Abandonadme vos, no de mi estrella
Os alcance tambien para afligirme
La terrible mortífera influencia.
Dexadme ya.
Verem. Qué obstinacion! Alvida,
Cuida tú de tu amiga, mientras llegan
Los guerreros que prontos á mis voces
Volarán á asistirla y defenderla. *Vase.*

ESCENA III.

Hormesinda y Alvida.

Hormes. Tú en tal punto qué aguardas? Desampara
A una desventurada ya dispuesta
Para el golpe mortal... ¡Dios poderoso,
Salva, salva á los dos! Si es una nueva

Ofensa aquesta súplica, descarga
De tu enojo espantoso la violencia
Sobre mí sola... Ay mísera! (1)

ESCENA IV.

Dichos: Munuza herido y sin armas apoyado en Ismael: algunos moros le siguen.

Munuza. Cobardes!
Por qué así me alejais de la pelea?
Qué me importa una vida ya sin gloria?
Ismael. El golpe al ver que os fulminó la diestra
De Pelayo; al miraros sin sentido,
Y que la suerte os arrojó por tierra,
Todos con nuevo ardor nos arrojamos
En medio de los dos: cien vidas cuesta
Conduciros á salvo hácia este alcázar.
Respirad, pues, Señor; mientras que tenga
Vida Munuza, el pérfido cristiano
Su inesperado triunfo no completa;
Y aun tiene que temblar.
Munuza. Ya estoy vencido!
¡Yo que ayer esperaba en mi soberbia
Que á sola mi presencia esos infieles
Sus viles frentes en el polvo hundieran!
Ya estoy vencido! y el vivir que os debo
Solo sirve á doblarme la vergüenza,
A acrecentar mi rabia ya impotente.
Qué es de mi cimitarra? En dónde quedan

(1) *Viendo á Munuza.*

Mis valientes soldados? Dónde Audalla?
Todo me falta ya, todos me dexan.

rmes. Tu esposa no: por medio á tus contrarios
Sin aterrarse de sus armas fieras
Ella te salvará: su tierno pecho
Será el escudo en que los golpes hieran.
No es dable, no, que su furor resista
Al eco de mis lúgubres querellas,
Y que en tu sacrificio y su venganza
Mi sacrificio y mi morir pretendan.
Ellos se acordarán de mis favores,
De tu piedad tambien.

unuza. Por qué renuevas
En mi mente ostigada la memoria
De mi descuido y criminal flaqueza?
Ella es ahora mi mayor verdugo:
Por tí perdonó un tiempo mi clemencia
Este insolente pueblo que á mis iras
Debió ser igualado con la tierra.
Por tí dexé vivir sus moradores;
Por tí en fin sin arbitrio, sin defensa,
En la odiosa traicion que me asesina
Me miro fenecer.

ormes. Cómo te ciega
Tu imprudente furor! No desconozcas
La postrera esperanza que te queda;
Yo soy tu asilo...

Munuza. Vuélveme mi imperio,
Vuélveme mis guerreros; vuelve entera
Mi gloria en tal combate destruida;
Haz que Pelayo y sus cristianos mueran;
Y entonces... ¿Dí, por tan inmensos bienes

Como este desastrado amor me lleva,
A tí qué resta por hacer?
Hormes. Salvarte.
Entra en esa mansion de tu grandeza,
Entra: á las plantas de Pelayo echada
Por tí yo rogaré; y es fuerza, es fuerza
Que respete tu vida, ó que contigo
Perecer á Hormesinda se conceda.
O! no tardes, no tardes; el peligro
Se aumenta mas y mas. ¿Oyes quál suena
El nombre de Pelayo, y á los ecos
Pelayo retumbar?
Munuza. Ah! que no tiembla
Munuza de morir: le sobra aun vida
Para que sus contrarios se estremezcan.
Hormes. Pero tiembla por mí.

ESCENA V.

Audalla (1) *y dichos.*

Audalla. No así, Munuza,
En tal conflicto los momentos pierdas.
Aun es tuyo el alcázar: su recinto
Camino libre hasta la mar nos dexa.
Huyamos por aquí; nuestros navíos
Te llevarán á salvo, á donde puedas
Con gente y armas revolver terrible.
Munuza. Y que huyendo esos pérfidos me vean!
Audalla. A salvarte.

(1) *Sale por las puertas del alcázar.*

Munuza. A morir.
Audalla. A la venganza.
Munuza. Sí, y horrible será: las torpes huellas
Yo de mi fuga borraré: sangrientos
Y palpitantes cubrirán la senda
Sus miembros por mi mano destrozados.
Hormes. Munuza!
Munuza. Quita allá: muger funesta,
De mi oprobio ocasion, yo te abandono;
Hermana de Pelayo á Dios te queda (1).

ESCENA VI.

Hormesinda y Alvida.

Hormes. Sí, ingrato, quedo á proteger tu fuga:
Yo con mi llanto y voces lastimeras
Suspenderé del vencedor las iras,
Y tu amparo seré por mas que hieras
Mi corazon.
Alvida. Si la amistad, si el ruego
Contigo pueden, Hormesinda, enfrena
Delante de Pelayo esa ternura,
Esas amantes ansias que te ciegan.
Ya se salva Munuza, esto te baste,
Y en tal momento al vencedor respeta.

ESCENA VII.

Veremundo y dichos.

Verem. Solo á tí vuelvo: mi cansada planta
En vano apresuré, todos se alejan

(1) *Munuza, Audalla y los moros se entran en el alcázar: las puertas se cierran.*

A seguir en su fuga al africano.
Hormes. Y Pelayo, Señor?
Verem. Pelayo cierra
La salida hácia el mar: allí terrible
Gloriosa cima á su victoria apresta,
Inmolando á las aras de la patria
En Munuza la víctima que espera.
Hormes. Ah! no será una sola (1).
Alvida. Desdichada!
Verem. Tú te olvidas de tí, qué es lo que intentas?
Hormes. Soy muger, soy esposa, soy amante.
Verem. Ah! que así al precipicio te despeñas.
Hormes. Dexadme pues volar adonde libre
De tanto afan con perecer me vea (2).

ESCENA VIII.

Veremundo, y despues Alfonso.

Verem. ¿Cómo de un frenesí tan desatado
Ya el ímpetu atajar? ¡Todo á perderla
Se conjura! O vosotros! que á la audacia
Juntais tambien la agilidad, la fuerza,
Venid, acudid prontos, ya que el tiempo
A mis miembros inútiles las niega...
Nadie me escucha!.. En tan fatal conflicto
Parece que al dolor sordo se muestra
El Cielo, y que su cólera confunde
La flaqueza y el crímen en la pena.

(1) *Queriendo arrojarse fuera de la Escena: los dos la contienen.*

(2) *Se desprende de ellos, sale, y tras ella Alvida.*

Alf. Qué dia, Veremundo! Ya en las calles
Hombres, mugeres, niños se atrepellan,
Que su alborozo y su placer mostrando,
Con aplausos sin fin el viento pueblan.
Todos bendicen á Pelayo, todos
Le aclaman por su Rey; todos desean
Verle admirarle.

Verem. ¡Plegue al Cielo, Alfonso,
Que en fúnebres lamentos no se vuelvan
Esos aplausos! Oye, aun quizá tiempo
Es de salvar.

Alf. A quién?

Verem. Pelayo aqueja
A Munuza en el puerto: arrebatada
De su amor Hormesinda á la pelea
Corrió.

Alf. Basta, allá vuelo.

Verem. (1) Tente, escucha,
Oyes el gran rumor que aquí se acerca?

ESCENA IX.

Pelayo seguido de cristianos y dichos.

Pelayo. O pueblo de Gijon, alza la frente;
Dios por mi brazo rompe tus cadenas;
Ya el opresor agonizando expía
Tu antigua servidumbre y su insolencia.

Alf. Salud y gloria al defensor de España!

(1) *Las puertas del alcázar se abren; y sale por ellas Pelayo acompañado de cristianos.*

Dame besar la mano que nos venga,
Tocar la espada, y bendecir un golpe
Que libra al godo, al africano aterra,
Y admira al mundo.

Pelayo. Bendecid, cristianos,
Del Dios de las batallas la asistencia:
Ella el triunfo me dió.

Verem. Mas ay! Pelayo,
Qué es de Hormesinda? Arrebatada y ciega
Salió volando á interponerse en medio
De vosotros. Llegó?

Pelayo. ¡Quién se atreviera
A contener la furia impetuosa
Que allí llevó mi fulminente diestra!
Ya Audalla y otros ciento lo intentaron;
Audalla y otros ciento á mi violencia
Arrollados se vieron; y el tirano
Pasmado, estremecido, sin defensa
Presentó el pecho á la sedienta punta,
Que al instante á su muerte abrió la puerta.

Verem. Qué será? O Dios! Leandro hácia nosotros
Lleno el semblante de mortal tristeza
Se acerca.

ESCENA X.

Leandro y dichos.

Pelayo. O caro amigo! mal convienen
Tal ademan, ni tan dolientes muestras,
En un momento tan feliz.

Leand. Pelayo,

Preven tu heroyco pecho y tu firmeza
A los reveses de la suerte: el Cielo
Nos vende caro el triunfo: á tí te cuesta
Mas que á ninguno: tu infeliz hermana...
Pelayo. Quizá en llanto sacrílega deshecha
Se queja contra mí.
Leand. No es tiempo ahora
De enojo y de rencor: ya su flaqueza
La lleva á perecer.
Pelayo. Muere Hormesinda!
Y quién fue el hombre atroz?
Leand. Ah! no pretendas
Averiguarlo ya.
Pelayo. Dilo.
Leand. Tú mismo.
Pelayo. Yo mismo? O Dios!
Leand. Quando tu furia ciega
Los Arabes y Audalla atropellaba
Que intentaron hacerte resistencia;
Hormesinda por armas y soldados
Rompe tambien, y desalada llega,
Y en medio de los golpes que asestabas
Contra el tropel de bárbaros, se encuentra.
Fixos tus ojos en Munuza entonces,
Centellando de saña, conocerla
Ya no pudiste, y por tu misma mano
El Cielo quiso castigar tu afrenta.
Pelayo. Bárbaro yo! qué escucho!
Leand. Moribunda
Viene á exhalar la vida en tu presencia.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, Hormesinda moribunda sostenida por Alvida.

Pelayo (1) Hormesinda! Hormesinda! Abre tu pe-
A mi llanto, á mi amor. (cho
Hormes. ¡O quál penetra
Esa voz cariñosa en mis oidos!
Cómo el rigor de mi agonia templa.
Pelayo!
Pelayo. Desdichada! ¡Y aun procuras
La mano asir que á perecer te lleva!
Hormes. Dios la guió: yo muero: tú de España
Vive á ser defensor... venciste, reyna...
O! Si yo sola víctima!.. la muerte
Me niega verte ya... Pelayo, estrecha
Entre tus brazos á tu hermana... (2).
Pelayo. O Cielo!
Está ya tu justicia satisfecha?
Españoles, con sangre de Pelayo
Manchada está la cuna que sustenta
Vuestra naciente libertad, con sangre
De esos feroces bárbaros es fuerza
Lavarla: no haya paz, no haya reposo:
Siglos y siglos duren las contiendas.
Viendo estais mi dolor, mi amargo luto;
Pues bien, yo os lo consagro en noble ofrenda:
Recibidlo; y la patria desde ahora
Mi solo amor y mi familia sea.

(1) *Corriendo á Hormesinda.*

(2) *Hace un esfuerzo para abrazar á Pelayo, y queda muerta en sus brazos y en los de Alvida.*

FIN.